

y pronto lejos de aquí  
pero si me voy así  
porque el destino me obliga,  
pido à Dios, mi dulce amiga,  
que te olvides de mí.

Solo anhela el alma mía  
que Dios la dicha te ofrezca,  
sin que una nube oscurezca  
el cielo de tu alegría.  
Que no llegue el triste día  
en que tenga que sufrir,  
que no venga à afligir  
una pena dolorosa,  
que sabiendo eres dichosa  
contento yo he de vivir.

Y aunque para mi tormento  
de ti me vea lejado,  
constantemente à tu lado,  
estará mi pensamiento.  
Y undido en triste lamento  
serà mi consuelo creer  
que en tu memoria ha de haber  
un recuerdo para mí,  
mientras yo pensaré en ti  
hasta que te vuelva à ver.

Y aun cuando con mi existencia  
pueda mi amor acabarse  
siempre la flor, al sacarse  
deja en la planta su esencia.  
Así yo, con vehemencia  
de quererte hasta la muerte,  
dejaré en mi cuerpo inerte  
la esencia de mi cariño,  
y con la calma de un niño  
moriré creyendo verte.

El payador concluyó su última décima con una lágrima que fué à morir sobre el diapason de la guitarra. Envió con la mano un beso a aquella cama desierta, que pocas horas antes había abrigado el cuerpo de Dolores, y se alejó al galpon donde había encontrado à los paisanos cuando llegó.

Allí permaneció lamentando su suerte, y refiriendo algunas desventuras de su vida, hasta la madrugada, en que se puso à ensillar los fletes junto con Carmona, que no podía dominar la tristeza que le ocasionaba el abandonar el pago donde hasta entonces había vivido, sin saber cuando volvería.

Recien se levantaba el sol en el horizonte, cuando el payador se echó al hombro su guitarra, y saltó sobre el alazan, completamente repuesto de la pasada fatiga. Poco despues el payador y Carmona se pusieron en camino al tranquito, acompañados